

Hebe Uhart

**EI GATO
TUVO LA CUIPA**

blatt e rios

Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Nota de los editores](#)

De *Eli, Eli, Lamma Sabacthani?* (1963)

[Gina](#)

[A propósito de un duelo](#)

[El amo y los criados](#)

[Judas](#)

[Eli, Eli, Lamma Sabacthani?](#)

De *La gente de la casa rosa* (1973)

[Mis abuelos](#)

[El señor Ludo](#)

[El amor](#)

[Turismo](#)

De *La elevación de Maruja* (1974)

[La elevación de Maruja](#)

[Maruja en París](#)

[La vuelta de Maruja](#)

[Epílogo](#)

De *El budín esponjoso* (1977)

[El tío Pipotto](#)

[Mi tío de Lima](#)

[Los cuentos de los amigos de Cecilia](#)

[Cuento chino](#)

[El Centro de Investigaciones](#)

[El Sr. Bellone](#)

[El predicador y la isoca](#)

[La señorita Irma](#)

[El chico que no se podía dormir](#)

[El juego de cartas](#)

De *La luz de un nuevo día* (1983)

[El gato tuvo la culpa](#)

[Pascual di Genaro, operiartist](#)

[Moreno](#)

De *Guiando la hiedra* (1997)

[Cómo vuelvo](#)

[Sombras nada más](#)

[Mi gato](#)

[El padre Calderón y sus ayudantes](#)

[El mono Alberto y la antropóloga norteamericana](#)

De *Señorita* (1999)

[lorá](#)

De *Camilo asciende y otros relatos* (2004)

[Cartas de un colono](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

[Otros títulos de Blatt & Ríos](#)

Nota de los editores

El gato tuvo la culpa compila cuentos que fueron publicados entre 1963 y 2004 y que no están incluidos en *Relatos reunidos* (Alfaguara, 2010), la compilación más importante de Hebe Uhart. El orden de los textos es cronológico y se tomaron en cuenta primeras ediciones en todos los casos.

"Gina", "El viejo", "El tío y la sobrina", "A propósito de un duelo", "El amo y los criados" y "Eli, Eli, Lamma Sabachthani?" fueron publicados en *Eli, Eli Lamma Sabachthani?* (Goyanarte, 1963); "Mis abuelos", "El señor Ludo", "El amor" y "Turismo", en *La gente de la casa rosa*, libro prologado por Haroldo Conti (Compañía General Fabril Editora, 1973); "La elevación de Maruja", en *La elevación de Maruja* (Editorial Cuarto Mundo, 1974); "El tío Pipotto", "Mi tío de Lima", "Los cuentos de los amigos de Cecilia", "Cuento chino", "El Centro de Investigaciones", "El Sr. Bellone", "El predicador y la isoca", "La señorita Irma", "El chico que no se podía dormir" y "El juego de cartas", en *El budín esponjoso* (Editorial

Cuarto Mundo, 1977); "El gato tuvo la culpa", "Pascual Di Genaro, operiartist" y "Moreno" –este último, junto con "Paso del Rey" (publicado en *Relatos reunidos*), forma parte de "Algunos recuerdos"–, en *La luz de un nuevo día* (Centro Editor de América Latina, 1983); "Cómo vuelvo", "Sombras nada más", "Mi gato", "El padre Calderón y sus ayudantes" y "El mono Alberto y la antropóloga norteamericana", en *Guiando la hiedra* (Simurg, 1997); "lorá", en *Señorita* (Simurg, 1999); "Cartas de un colono", en una antología que prologó Elvio Gandolfo, *Camilo asciende y otros relatos* (Interzona, 2004).

Gina

Yo estaba sintiendo últimamente una especie de fatiga que no sabía a qué atribuir. La atribuía sobre todo al trabajo. Pensaba y pensaba y no veía el modo de aligerarme. El trabajo de la casa me ocupaba una gran parte del tiempo, no porque quisiera tener la casa muy hermosa y limpia, sino porque era una casa grande, con jardín grande también y, vieja, de esas casas con paredes altas que juntan muchas telarañas y con rincones llenos de zócalo desprendido. A veces venía un podador, pero no era suficiente. Dejaba todas las ramas que podaba en el suelo hasta que se pudrían y de tan podridas se hacían chiquitas. Yo las juntaba entonces con facilidad y las ponía en el cajón de la basura. “¿Cómo podré aliviarme de todo esto?”, pensaba. “La casa es demasiado grande para mí, no doy abasto”. Y una vez que estaba hojeando el diario se me ocurrió lo siguiente: “Voy a conseguir una muchacha. Eso es. Me va a ayudar a hacer un montón de cosas y a lo mejor también sabe cocinar. Le voy a enseñar a hacer pasteles con nueces, que, por otra parte, es lo único que sé hacer. Le voy a regalar todos mis vestidos viejos; todos, menos el vestido azul marino; ése, aunque sea viejo, lo voy a guardar”. Tenía que ser una muchacha sin hijos, porque si hubiera habido chicos, hubieran interrumpido el silencio, que conservaba desde hacía tanto tiempo. Pensando en esto último mandé poner en seguida un aviso en el diario local que decía así: “Se precisa muchacha soltera por todo el día con cama”.

Cuando volví de poner el aviso me senté en el banco de afuera a comer un resto de panqueques con nueces que había quedado de la mañana. Me sobraron muchos y pensé: “También me va a servir de compañía; he estado muy sola este último tiempo”. Y no era justamente que yo lo quisiera, sino que las cosas se dieron así y por mi parte no hacía nada por cambiarlas. Además hay que ver que hacía

aproximadamente veinte años que vivía de esa manera, trabajando, dando algún paseo, no demasiado tarde, y luego volviendo otra vez a casa para ver si todo estaba en orden como corresponde.

Sin embargo no se puede decir que estuviera del todo sola, porque tenía un amigo, un hombre de edad, como yo, al que veía muy poco, unas tres veces al año, y entonces nos sentábamos en los bancos del jardín, leíamos el diario en compañía y hacíamos algún comentario sobre la marcha de las cosas en la política. A mí mi amigo me gustaba mucho y tal vez hubiera querido hablar de cosas que no sólo fueran la marcha de las cosas en la política, pero no se daba así y recibía las cosas tal como venían. Pensé pues con alegría que la muchacha iba a ser una gran compañía y el haber llevado el aviso me puso contenta de tal manera, que cuando antes de irme a dormir le pasé el plumero al zócalo y saqué una gran cantidad de pared descascarada, me sorprendí cantando una cosa muy especial que yo creía que había olvidado y hacía mucho tiempo que no cantaba. Al darme cuenta me callé en seguida y abandoné el plumero. Me fui a dormir bien temprano.

Los días siguientes los pasé casi sin darme cuenta. Había recibido un trabajo largo, una especie de censo con planillas que ocupaban toda la mesita chica en que yo trabajaba. Tenía que atender demasiado para hacerlo perfectamente y cualquier ruido me distraía y me llenaba de malhumor. No podía soportar siquiera que los pájaros cantaran. Y menos todavía podía tolerar los ruidos que venían de la calle, aunque llegaban bastante atenuados. Estaba haciendo planillas como dije, cuando sonó el timbre y muy pocas veces sonaba el timbre en mi casa. Dejé rápido todo y fui a ver: me di cuenta de que era por el aviso del diario. Era una mujer gorda, con un rodete en la punta de la nuca, que ya no era una muchacha ni mucho menos. Sacudía la cabeza y junto con ella el rodete y tenía las manos sobre la falda. No era en realidad lo que yo esperaba. Además estaba de malhumor por las planillas y no creo que le haya puesto cara muy amable, porque entró un poco cohibida, miró la ca-

sa como si la estuviera por comprar, se asombró de lo largo del patio y además lo difícil que sería limpiar todo ese mosaico percutido, ya casi negro, y entonces hizo un movimiento de cabeza como de que no. Me parece que también añadió, aunque muy bajo:

—A mis años...

Y siguió mirando todo, incluso el gallinero, pero con desdago. Yo no hacía nada por convencerla y recorríamos toda la casa en silencio. Después de un rato dijo:

—Es muy grande.

Yo le dije:

—Sí, es muy grande.

Preguntó si había chicos y le dije que no. Se quedó pensativa y dijo que en todo caso contestaría, pero nunca más la vi. Volví a hacer las planillas con más rabia que antes, pero sin embargo la mujer que había venido me daba material para pensar: "¿Cómo", me decía, "si puse muchacha vino ella que no es muchacha?". Empecé a considerar la ternura que siente por sí misma la gente cuando es grande y sin embargo se sigue considerando muchacha. "Pero", pensé, "también es posible que no se haya fijado en eso: muchacha era simplemente un modo de decir, una expresión como otra cualquiera". En realidad en los avisos uno no se detiene en la imagen de lo que se menciona: ella leyó "se precisa muchacha" como si leyera "se precisa mujer". No hizo caso a la imagen de la muchacha. "Lo mismo pasa con los mozos", pensé. "Se dice se precisa muchacha como se dice se precisa mozo". Al mismo tiempo consideraba con cierta alegría, que ella, que era dos o tres años mayor que yo, que ya había cumplido cuarenta y dos años, todavía se consideraba muchacha. Eso me daba una especie de vaga esperanza. Cuando estaba distraída en esas consideraciones hice un manchón de tinta tan grande en la planilla, que tapé toda una serie de datos muy importantes. No pude borrarlo ni con la goma ni con *gillette*; tenía miedo de romper la hoja y fui a comprar borrratinta. Me llevó bastante tiempo traer el borrratinta y cuando salí de la librería, vi que alguien tocaba el timbre de mi casa, alguien que

estaba de espaldas a mí, por lo que no veía que yo me aproximaba. Era una muchacha que seguramente había venido por el aviso, aunque al verla de cerca dudé, porque tenía algo de audaz su aspecto: era como humilde y audaz al mismo tiempo. Se sorprendió al verme venir de la calle y yo me sentí un poco intimidada como si ésa no fuera en realidad mi casa y yo entrara por alguna confusión. Le pregunté:

—¿Viene por el aviso?

—Sí —dijo ella, y bajó la cabeza.

Tenía un pelo rubio, que a primera vista no parecía nada, pero lo miré otra vez y vi que era precioso. Era un pelo un poco como pelusa, pero suave, como suelen tenerlo los chicos chicos. La cara me pareció que no tenía nada que llamara la atención, salvo que estaba un poco enrojecida. No me explico cómo no me di cuenta de que era linda. Quizá porque en el hablar y en el vestido y en su postura había algo que era lo que más me llamaba la atención: una especie de influencia de asilo o de colegio de monjas para chicas pobres, que se veía en el modo de sostener el chaleco en una mano y también en el modo de dirigirse. Además cuando habló vi que tenía esa pronunciación lenta y cortada, un poco ceceosa y recelosa que tienen los chicos de un asilo cercano de mi casa. Hablamos del precio y recorrimos todo, y no pareció impresionarle de ninguna manera: ni como grande ni como chico, ni como viejo ni como nuevo; conservaba el saquito apretado bajo el brazo y escondía un monedero. Como no había dicho nada me pareció que había aceptado y le señalé su cuarto, una piecita arriba que era bastante linda; tuve que indicarle varias veces el lugar porque no miraba; le ofrecí agua y jabón para lavarse por si estaba cansada; de paso quería averiguar si venía de lejos o de dónde venía. Pero no me dijo si quería agua o no y se fue a su cuarto. Entonces me puse a borrar el manchón de la planilla. Cuando me había puesto a trabajar de nuevo, me di cuenta de que algo pasaba: me volví y en el segundo escalón de la escalera estaba la muchacha

mirándome. Sonrió y se puso algo roja y se fue ligero a su cuarto. En seguida sentí que apagaba la luz de su pieza.

Al día siguiente le mostré cómo quería yo que limpiara todas las cosas, dónde estaba el plumero, la pala, el trapo de piso y dónde debía poner la basura. Asentía con la cabeza a cada cosa que le mostraba, como cuando uno tiene muchos deseos de aprender y lo que se aprende son revelaciones. Después iba a buscar las cosas y se equivocaba; sonreía y yo me daba cuenta de que no sabía dónde estaban el plumero y la escoba. En todo ese tiempo no decía nada, pero luego, poco a poco, en vez de sonreír cuando buscaba el plumero me preguntaba:

—¿Me podría decir dónde está el plumero?

Yo se lo decía cuantas veces me lo preguntaba. Mientras, hacía otra planilla más chica que la anterior; mirándola ir y venir usé la tinta azul en lugar de usar la roja y dije fuerte:

—¡Me equivoqué otra vez!

Lo dije con voz muy enojada y nerviosa. Ella debe de haber oído, porque dijo una cosa rarísima y con una voz también muy rara, bien recalcado el acento de asilo:

—La vida a veces da vuelta las cosas.

Yo me asombré de semejante dicho y esperé que después de eso viniera toda una serie de explicaciones de cómo la vida le había dado vuelta las cosas a ella, todo lleno de cuestiones enojosas sobre la muerte del padre enfermo o de hermanos chicos, etc. Pero no añadió nada a lo dicho y siguió pasando el plumero. Es decir, las cuestiones no hubieran sido tan enojosas, porque yo, previendo la posibilidad de que las dijera y para ayudarla, dije a propósito:

—Sí, a todos nos pasa; la vida nos da vuelta las cosas.

Pero ella se sonrió apenas y no dijo nada. Vi que no tenía la cara tan colorada como el día de su llegada, aunque se había mojado el pelo y lo tenía un poco pegado.

En seguida se dio vuelta y preguntó:

—¿Voy a limpiar el comedor?

—Bueno —le dije yo.

Pero ella, antes de escuchar mi respuesta, se había ido muy apurada a limpiar el comedor.

Esa vez tomó el desayuno antes de que yo me levantara, porque cuando me levanté, estaba ya con todos los instrumentos de limpieza en el paso. No bien me vio, me llamó y me dijo con ese tono misterioso de asilo:

—Hay tierra debajo de las camas. Debajo de los muebles también hay.

Yo en realidad sabía que había tierra, pero en general antes nunca me preocupaba. Y ella ahora me venía a recordar que había tierra debajo de las camas. No podía hacerme la desentendida y tenía que ver que me importaba. Entonces le dije:

—Sí, es necesario limpiar. Hace poco estuve de viaje.

Me disculpé así y eché una mirada para que viera cómo miraba yo la tierra y cómo era necesario sacarla. Cuando a la tarde fui a fijarme que todo estuviera más o menos en orden, me di cuenta de lo siguiente: había limpiado todo, pero la tierra que estaba bajo la cama y los muebles, a la que ella se había referido como tres veces, la había dejado tal cual. Fui a la otra pieza y todavía estaba con el plumero, pero debajo de la cama no limpiaba. Yo no quería darle a entender que ella había dicho que había tierra debajo de los muebles y que no la había limpiado, y para que la suciedad no quedara como una prueba la limpié yo, que hacía tanto tiempo que no hacía esos trabajos. Además me dio un poco de dolor de cintura. A la noche cuando estábamos cenando le pregunté cómo se llamaba. Entonces ella me dijo:

—Gina.

A mí me pareció muy exótico, porque Gina era el nombre de una actriz que estaba de moda en ese tiempo y era muy distinta de esa muchacha: Gina era sonriente, alegre y conversadora. Entonces pensé que posiblemente la muchacha quisiera que la llamasen Gina, pero que no se llamaba así, que a lo mejor se llamaba María, por ejemplo. Incluso a riesgo de parecer una persona mal educada, que se distrae

cuando le dicen cosas importantes como lo es un nombre, le pregunté otra vez:

—¿Cómo se llama?

—Gina —me dijo con sencillez.

No tenía ningún documento para comprobar si se llamaba Gina o no, pero algo me aseguraba que no se llamaba así. Después yo siempre le decía Gina, pero con cierta desconfianza, y al mismo tiempo me reía a solas de eso; ella no parecía darse cuenta para nada y cuando la llamaba venía con seriedad.

Tenía un amigo, como dije, que me veía de vez en cuando. Llegaba siempre de sorpresa, más o menos a las once de la mañana. Esa vez vino algo más temprano porque había llevado a arreglar su reloj y estaba un poco distinto: me pareció más alto y con ropas más claras. Le conté que tenía una muchacha nueva que se llamaba Gina o que así lo aseguraba, y estuvimos hablando mucho rato de ella sin que apareciera. De repente vino y me propuse fijarme bien cómo actuaba con las visitas, porque desde que vino nunca habíamos recibido visitas. Me di cuenta con asombro de cómo se mostraba amable con mi visita, y mi amigo me miraba como preguntando por qué había dicho yo todas esas cosas. Conmigo también era amable, pero con una amabilidad genérica y hasta me pareció que su voz de asilo había cambiado. Conversábamos con mi amigo animadamente de cosas de la política, y ella escuchaba. De repente se sentó en una sillita más baja y se quedó escuchando en silencio. Mi amigo estaba hablando de alguien que se había arriesgado inútilmente por una causa y de repente oigo que ella dice esto:

—Todo comedido sale mal.

Y durante toda la conversación dijo cosas ambiguas, que en realidad no se destacaban mucho pero no se podía decir que fueran disparates; a lo sumo un poco tontas, pero sólo un poco. Mi amigo asentía sonriendo a sus frases y la cara de Gina se iba poniendo rosada, de un color bastante agradable. Entonces fue cuando descubrí que era linda. Su pelo era lindo, su cara también era linda, sólo que un poco

diluida. Cuando fueron las once dijo que estaba cansada y que deseaba retirarse, si podía hacerlo; le dije que sí, y vi la luz encendida y sentí pasos hasta tarde. Mi amigo comentó que esa muchacha tenía un sentido común saludable, que debía ser de raza aldeana. Y después mencionó lo saludable de la intervención de la raza aldeana en la política. Dijo también que le gustaba esa conversación que habíamos tenido esa noche, y en la que también había participado el pueblo. Yo asentí y seguimos hablando de Gina mucho rato, hasta que se nos hicieron las tres de la madrugada. Mi amigo recordó de pronto que tendría que haber pensado en su reloj, pero ya era demasiado tarde. Prometí retirárselo y se fue con ánimo contento pero muy apurado.

Hacía tiempo que lo pasábamos bastante bien, si se quiere con poco trabajo, cuando yo le dije:

—Hoy vamos a encerar los pisos.

En seguida compró cera, una cera que a mí no me gustaba porque era muy colorada, pero no le dije nada. Se arrodilló en el suelo y con un trapo viejo se puso a encerar con tanta energía que se sentía fuerte el ruido del trapo. Trabajaba sin descansar y cuando me acerqué a ver cómo iba, se puso de pie como esperando algo, pero no me dijo nada. Cuando me iba a la otra pieza me preguntó con voz grave:

—¿Quién es el caballero?

Yo tardé en responder, y dije después de un rato:

—Es mi amigo.

Parece que eso le bastó, porque siguió encerando con igual energía y otra vez se sintió el ruido del trapo.

A las once de la mañana cayó mi amigo, que desconfiaba de que yo le retirase su reloj y lo venía a buscar. Cuando la vio encerando, arrodillada en el piso, dijo:

—¡Pero esos son métodos antiguos! En seguida vamos a mejorar esto.

Entonces fue cerca, donde vendían máquinas eléctricas y pidió a su dueño (porque era amigo del dueño) una máquina prestada para probar. Vino con la máquina de encerar, le

enseñó cómo se enceraba con la máquina y la muchacha no aprendía; así que él solo enceró casi toda la casa. Se secaba el sudor, pero estaba contento y dijo:

—El tiempo que nos queda lo vamos a aprovechar. ¿En qué lo podemos emplear? Ya sé, vamos a jugar a las cartas.

Y sacó un mazo de cartas y con una agilidad sorprendente las repartió en grupos chicos sobre la mesa. Le preguntó a la muchacha:

—¿Sabe jugar a las cartas?

—No sé —dijo ella y se puso roja.

Yo sabía jugar a las cartas, pero muy poco; en general me distraía; al rato me aburría y me daba lo mismo poner una carta que otra, pero muy de tarde en tarde jugaba, sobre todo al solitario. Mi amigo le empezó a explicar cómo se jugaba y ella escuchaba con tanta atención como si se tratara de una cuestión de vida o muerte; pero igual no se daba cuenta, se ponía roja y después se sonreía. De todos modos empezamos a jugar a las cartas y mi amigo actuaba como director de juego, porque sabía jugar y además le interesaba. Entonces dijo que como ella recién aprendía, iban a jugar de compañeros contra mí; demás está decir que me ganaron todos los partidos, pero él jugaba por ella y le decía lo que debía tirar; jugábamos a la escoba y debíamos sumar quince. Le indicaba cómo podía hacer quince puntos y ella se mostraba complacida como ante una perspectiva vital nueva. Después que me ganaron así, mi amigo dijo que de esa manera no prestaba interés al juego porque era desparejo; íbamos a jugar de otra forma, yo sola contra ella sola. Cuando dijo eso, Gina pareció reaccionar tardíamente, porque dijo con voz triunfante:

—Le ganamos.

Me sorprendí porque llegaba tarde la aseveración y mi amigo dijo:

—Claro. Ahora también le podemos ganar.

Entonces se puso detrás de ella y le indicaba todo lo que debía tirar y cuando no aprendía le decía: "Tiene que ejercitarse, tiene que ejercitarse". Y ella sonreía y tiraba con

atención. Para mí había llegado el momento en que tiraba cualquier carta y empezaba a bostezar. Dije sonriendo:

—Estoy cansada. Ya debe ser hora de dormir.

Se nos había hecho muy tarde y mi amigo prometió volver pronto, lo que me pareció bien pero inusitado. Cuando se fue, Gina cerró el portón, se fijó que las puertas interiores estuvieran cerradas y antes de irse a dormir, al preguntarme qué carne debía comprar para el día siguiente, dijo:

—Otra vez puede ganar usted.

—Espero –le dije sonriendo–, pero ya es hora de dormir.

Todo febrero fue lluvioso; no se podía salir sino con botas, había demasiado barro y lo pasamos casi todo el tiempo adentro. Una tarde que me levanté de la siesta, la encontré a Gina con todas las barajas sobre la mesa.

—¿Qué estás haciendo? –le pregunté.

—Quiero hacer un solitario –me dijo–, pero no sé...

En rigor, no me pidió que le enseñara, pero yo le enseñé; aprendió con bastante facilidad, posiblemente por sus anteriores experiencias en el juego de la escoba. Desde esa vez, cuando yo dormía la siesta se lo pasaba haciendo solitarios y una vez que me levanté y que llovía como de costumbre, lo veo a mi amigo indicándole cómo debía hacerlo. Se quedó extrañado de los progresos que había hecho y abrió una botella de vino que llevaba y todos tomamos vino. Brindamos y no recuerdo bien por qué cosa brindamos, pero el ambiente estaba bastante contento, aunque yo tenía un poco de dolor de cintura. Como se hacía agudo, y yo no quería decir justo en ese momento que me dolía la cintura, me fui al banco del patio y allí me quedé un rato largo. Cuando volví todavía estaban hablando y riéndose y dije:

—Estoy un poco cansada. Me voy a dormir.

Les dije con amabilidad:

—Pongan todo en orden.

Y mi amigo respondió por los dos:

—Pierda cuidado. Buenas noches y que descanse bien.